

SIN VALOR

Sí, soy muy bruto. Pasaron no sé cuántos meses para que me diera cuenta que mis suegros y mis cuñados me desprecian. Para ellos soy algo sin valor, sin precio. Por lo tanto su desprecio, que quiere decir eso. ¿No valdré de verdad nada? Le pregunté a mi mujer y ella me contestó que sí valía, pero que valía madres. Así me dijo la condenada. En mi trabajo, al preguntarles lo mismo se rieron de mí y me miraron desde lo alto. Ahora ya no pregunto a nadie. Sé que soy un ser despreciable. Qué fea palabra. Y es que todo a lo que se le pone precio para mí no tiene valor, como no lo tengo yo. Al principio no me molestó, pero ahora me da coraje. ¿Quiénes son ellos para ponerme precio? Mi suegro es un ser amargado y además hipocondríaco. Mi suegrita querida es una vieja obesa y mocha que no le paga a sus criadas y cuando se van las acusa de robo. Mis cuñados, los dos son mandilones. ¿A poco ellos sí valen mucho? Se creen de la alta y de ser educados y con principios. Mario, uno de ellos, creo que está en el closet y el otro hace transas en el Banco donde trabaja. De dónde les sale tanto desprecio.

¿Seré yo el único ser despreciable de este mundo? No lo creo, así que me puse a observar. Y, ¡oh, sorpresa!, vi que no eran diez o cien sino que somos una legión los seres a los que no se nos da ningún valor. Son despreciables las criadas para los patrones -indias patarajadas-, los policías -ellos son los rateros-, los monaguillos -se roban las alcancías-, los vendedores ambulantes -nomás estorban y ensucian-, los periodistas -todos vendidos-, los que hacen televisión -los contratan por su linda cara pero no valen nada-, los maestros -son unos muertos de hambre-, los jóvenes -puros drogadictos-, las mujeres -nacieron para servirnos, para nada más-. La lista es interminable: los indígenas, los negros, los árabes, los judíos, los viejos. A todos despreciamos, a todos les negamos que tengan alguna cualidad, que sirvan para algo. Nuestro comentado y alabado humor mexicano se basa en el desprecio. Despreciamos a los gallegos -son tontos, a los argentinos -son creídos-, a los homosexuales -son degenerados-, a los políticos -son transas-, a los regiomontanos -son agarrados-, a los poblanos -son mochos, a los nortños -son incultos, a los sureños -son flojos-. Nadie se salva de nuestro desprecio. Ni nuestras madres por abnegadas, ni nuestros padres por ausentes, ni nuestros hijos por malagradecidos. Los únicos que valemos somos nosotros mismos.

Bueno, esto está más claro que nada. ¿Entonces por qué me ningunean mis suegros, mi cuñado, mi mujer, mis compañeros de trabajo? Ya sé, porque yo también los ninguneo a ellos. Mi suegro es hipocondríaco y amargado, mi suegra gorda y mocha, mi cuñado gay, el otro transa; mi mujer es mujer, con eso queda dicho todo. Mis compañeros de trabajo son una bola de envidiosos que no quieren aceptar que yo soy superior a todos.

Y así vamos por la vida, de desprecio en desprecio. Despreciando todo lo bueno que se nos da y quejándonos después de lo mismo.

Prometo de hoy en adelante no despreciar a nadie y eso porque estoy convencido que no es justo despreciarlos siendo que además tienen que cargar con el peso de saber de que por sí ninguno vale nada de nada. ¡Pobres diablos!

Tomás Urtusastegui

Marzo 2006